

Salvar la selva tropical

Tomado de *The Economist*, 24 de julio de 2004.

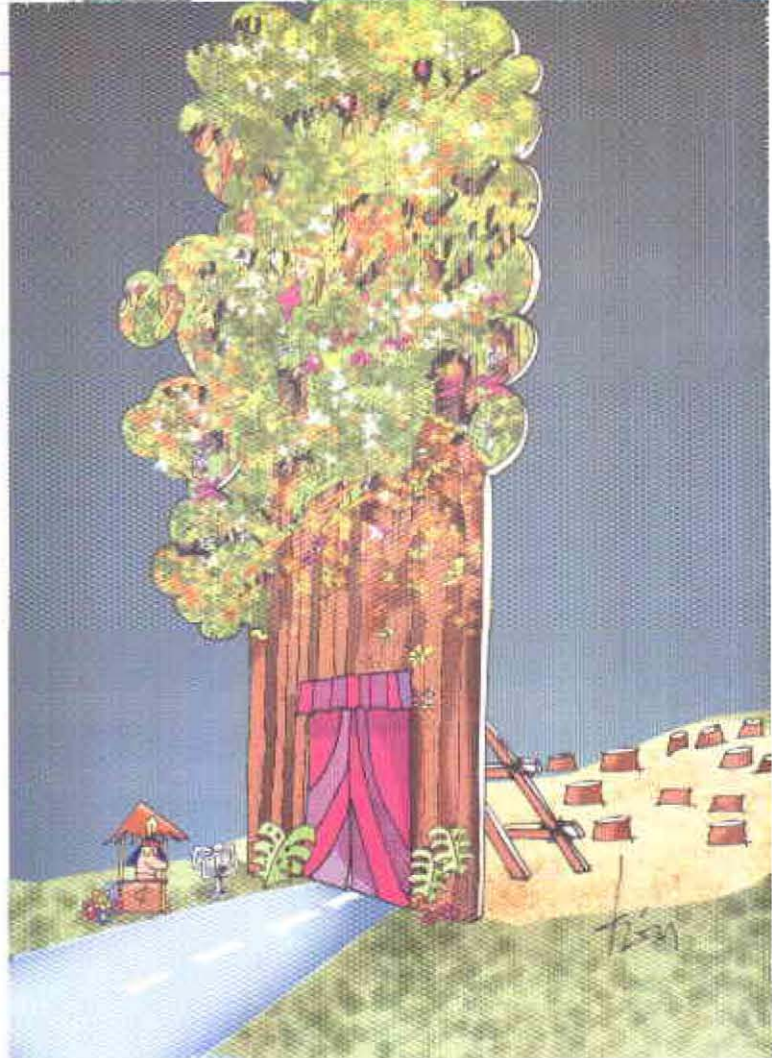
El mundo desarrollado exige un pronunciamiento sobre el futuro de las selvas tropicales. Debería invertir si tanto le preocupa.

Las selvas tropicales del mundo son propiedad de los países, pobres en la mayoría de los casos, en donde se encuentran ubicadas. Pero, al mismo tiempo, constituyen un patrimonio de la humanidad. Talarlas para obtener ganancias con negocios como la agricultura o la ganadería, resulta ser una tentadora fuente de ingresos para sus propietarios. De otro lado, si se les deja intactas, son los depósitos que retienen el carbono presente en la atmósfera, atenuando así el problema del calentamiento global producido por los seres humanos. Las selvas tropicales son también grandes reservorios de otro patrimonio global: la biodiversidad. Claramente, esto plantea la necesidad de hacer un balance entre los intereses locales y globales. Pero, ¿bajo qué condiciones exactamente?

Los habitantes de las selvas tropicales, considerados al mismo tiempo como sus propietarios, acogen este tipo de preocupaciones con un recelo justificado. La forma más fácil de irritar a la burocracia brasileña es sugerir que la selva amazónica le pertenece más a la humanidad que al Brasil (y a los demás países que comparten la Amazonia). Recientemente, el ministro de Agricultura de ese país, le llamó la atención al semanario *The Economist*, entre otros, por sugerir que la expansión agrícola está relacionada con la deforestación. La relación entre estas dos actividades es evidente, pero la negación por parte del funcionario brasileño pone de relieve lo sensible del tema.

Atando cabos

Las primeras causas de la deforestación en la Amazonia son la especulación agraria y la explotación maderera. Pero el principal uso que se le da a la tierra deforestada es el del latifundio, en algunas ocasiones altamente competitivo. Cultivar soya, que resulta ser muy lucrativo, suele ser el siguiente paso, lo cual incita a los terratenientes a deforestar más área selvática. Se estima que este tipo de actividades, junto con otras como la tala



y quemas de terrenos para agricultura, llevada a cabo por pequeños terratenientes durante las últimas décadas, ha arrasado ya con 15% del total de la Amazonia. Adicional a esto, se estima de igual forma que, anualmente, la tala del área selvática está reduciendo la Amazonia en 12%. En términos generales, la deforestación tropical puede llegar a representar entre el 10 y el 20% de la emisión total de carbono en la atmósfera, debida a actividades humanas durante la década de los noventa. Solamente teniendo en cuenta la deforestación en Brasil y en Indonesia, se puede decir que ésta corresponde a aproximadamente el 80% de la reducción anual de emisiones de carbono ordenada por el Protocolo de Kyoto para los años 2008 – 2012.

A los países tropicales, pobres por lo general, no se les debería negar la posibilidad de obtener ganancias por la deforestación de las selvas tropicales. Recientemente, el auge de los productos brasileños ha ayudado a que el país evite una crisis financiera, a pesar de los grandes montos de deuda externa. El año pasado, el latifundio fue una de las cosas a mostrar en una economía que se redujo 0.2%. Durante los últimos siglos, Estados Unidos y Europa talaron la mayoría de sus bosques (aunque en décadas recientes ha habido programas de reforestación

en Estados Unidos. ¿Quiénes son ahora ellos para venir a decirles a Indonesia, Brasil y el Congo que deben hacer lo mismo?

En efecto, el interés propio puede ser un argumento hasta cierto punto. La deforestación a gran escala tiene efectos poco conocidos sobre el clima local. Es probable que las consecuencias sean de mayor gravedad para los deforestadores que para el resto de la humanidad. Después de cierto punto, la deforestación deja de ser rentable. Con la tecnología con la que se cuenta hoy día, menos del 20% del total de la región amazónica resulta adecuada para el cultivo de la soya. El latifundio puede ser aún más rentable, pero esto no significa que no existan límites. La defensa de la región amazónica surge, o debería surgir, en los territorios que se la dividen.

Sin embargo, se estima que el nivel óptimo de deforestación para Brasil sea aún mayor que lo que le convendría al resto de la humanidad. Es, por tanto, sensato, una vez que se han tomado en cuenta los beneficios y los costos de oportunidad, idear maneras en que la conservación de las selvas sea tan beneficiosa para Brasil como para el resto del mundo. Cuando este cálculo se haya hecho, el resto del mundo debería estar dispuesto a pagar su parte de la cuenta.

Un sistema como éste no estaría dirigido, en principio, a detener la deforestación tropical. El enfoque correcto debería premiar cualquier región en el mundo (no sólo a la Amazonia) que estuviera en la capacidad de recolectar el carbono a un costo que igualara los costos marginales de la emisión de carbono en la atmósfera. En algunos casos, la reducción del carbono mediante selvas tropicales sería inclusive más costoso que reducirlo por otros medios (como un menor consumo de energía, por ejemplo; o enterrar el carbono después de haberlo extraído del combustible). En lo que respecta al tema del calentamiento global, un sistema bien diseñado no pondría por encima la preservación de la Amazonia por encima de otra selva tropical, o la preservación de cualquier selva tropical por encima de otros métodos de reducción de carbono.

Hoy día, sistemas como el anterior apenas existen. Se espera que el proyecto de la región amazónica y de sus áreas vecinas, el cual es una sociedad entre el gobierno brasileño y organizaciones internacionales como el Banco Mundial, invierta US\$400 millones en los próximos 10 años para la protección de las selvas. Este plan debería proteger 14% de las selvas tropicales, pero sobre todo en áreas lejanas a los territorios dedicados a la deforestación. El mecanismo de desarrollo limpio del Protocolo de Kyoto

les ofrece a los emisores de gases producidos por el efecto invernadero una forma de compensar la polución que producen, mediante la financiación de proyectos que busquen la reducción de las emisiones o que permitan que el carbono sea atrapado en nuevas selvas. Sin embargo, el Protocolo no permite el pago por “deforestación evitada”. En términos generales, el Protocolo de Kyoto, realizado en gran medida a instancias de países dueños de grandes extensiones de selvas y bosques, no ve con buenos ojos el hecho de que las selvas se conviertan en botaderos de carbono, mientras que otros métodos, comparativamente inofensivos, tienen muy pocas consecuencias punitivas.

Formas de pago

Si la conservación de las selvas tropicales representa un beneficio global, debe encontrarse la manera de cobrarles a todas las personas que se vayan a ver beneficiadas. Existe un mercado emergente de “servicios ambientales”, como la recolección del carbono y la preservación de la biodiversidad. Perú, por ejemplo, ofrece “concesiones de conservación” a grupos con los medios y las capacidades de administrar los recursos selváticos. Una propuesta para la “reducción compensada” de emisiones de carbono, desincentivaría la deforestación. Además, dado que los países en desarrollo no se encuentran muy comprometidos con el Protocolo de Kyoto, esto les daría mayor participación en la reducción de gases producidos por el efecto invernadero. Los países que durante el período 2008 – 2012 reduzcan la deforestación y la lleven a un nivel inferior a un nivel de referencia, estarán en la capacidad de vender certificados de emisión de carbono a gobiernos o a inversores privados. Si se asume que el precio del carbono es de US\$5 por tonelada, estos bonos harían que una hectárea de selva fuera más rentable que una hectárea deforestada (aunque no tan lucrativo como la soya). Otra propuesta es evitar la maraña de normas del Protocolo de Kyoto dividiendo la selva en grandes parcelas que podrían ser vendidas en subastas a postores que tuvieran intereses en conservarlas. Pero allí surge una presión de mercado: los consumidores podrían pagar un sobreprecio por productos como carne, soya y maderas que provengan de productores que certifiquen cumplir con las estipulaciones ambientales.

Todas estas iniciativas no son la panacea. Deben incluir instituciones que promuevan el desarrollo y que estén en la capacidad de controlar las zonas de frontera. Apenas hasta ahora es que el mundo ha empezado a reconocer la importancia de la Amazonia y de otras selvas tropicales. Ha llegado el momento de empezar a pagar por ellas. ☞